

cuentos impensados

Leo Maslíah



criatura EDITORA

Cuentos impensados

-

Leo Maslíah

Cuentos impensados

Leo Maslíah

Criatura editora, primera edición, Montevideo, 2021.

224 páginas: 13,5 × 21 cm.

ISBN 978-9915-9354-9-2

Narrativa

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© Leo Maslíah, 2021.

© Verbum - libros SRL, 2021.

Bacacay 1318 bis, Montevideo

www.criaturaeditora.com.uy

criatura@criaturaeditora.com.uy

Diseño e ilustración de cubierta: Juan Odriozola

Menosata, Montevideo, 2008.

Impreso y encuadernado en

Gráfica Mosca

Montevideo - Uruguay

Depósito legal . - Comisión del papel

Edición amparada al decreto 218/96



Cuando te encuentres con los cuentos con fotos,
podés leerlas usando un teléfono:

1. Abrí FrameALIVE.app
2. Escaneá la foto
3. Mirá el video (no olvides activar el sonido)



Paja brava

(cuento de terror)

Primero pensó que había perdido la memoria, pero después dudó. ¿Tendría verdaderamente cosas que recordar? El único indicio estaba en las palabras que le iban surgiendo, y en la sospecha de que un idioma era algo que se adquiría mediante cierto proceso. Esto lo condujo a la vaga intuición de cosas asociadas a algunas de las palabras que su conciencia idiomática recorría erráticamente. Se dio cuenta también de que era capaz de escribir, y quiso tomar algunas notas en relación a lo poco que podía determinar sobre su estado. Pero el esfuerzo mental de esa recapitulación lo sumió en una somnolencia que le impidió siquiera iniciar la tarea. Se acostó. Lo despertaron las primeras luces del alba a través de la ventana, que había quedado abierta. Volvió sobre lo que durante la noche había tomado por una hoja en blanco y se disponía a apoyar sobre ella una lapicera, cuando vio que en verdad no estaba en blanco: tenía algo escrito, y la letra le transmitió una intensa familiaridad. Escribió en otra parte de la hoja «esa letra me es familiar», y al comparar esto con el modo en que estaba escrito lo otro, pensó (dirigiéndose a sí mismo) «es tu letra». Por lo menos, la a era indiscutiblemente suya. En cuanto a la be, no podía estar seguro, porque en lo que acababa de escribir (eso de «esa letra me es familiar») no había bes. Y en lo que la hoja tenía ya escrito no había otras letras. Decía:

aa aa abaa a aa aaaaaaa a a b,
 a a aaa aaaa a a aaaaaa aa aa
 aba abaaa aaaaa abaaa a abaaaa
 a aa ba aaaaa a aa a baaa aa aaaa
 aa aa ab, aaaa aa a aaaaaa .

Qué podía ser eso, ¿una prueba para determinar si una lapicera funcionaba bien? ¿Un ejercicio de caligrafía? No; era demasiado largo para corresponder a la primera hipótesis, y le pareció que las aes iban sufriendo, en el transcurso de sus apariciones, un cierto deterioro más propio de quien quiere terminar lo que sea que esté haciendo, que de quien está cuidando las formas de las letras. De haberse tratado de algo mecanografiado, él habría tendido a pensar que el autor era un simio o un niño pequeño, jugando a golpear la a de un teclado, combinándola a veces —intencionalmente o por accidente— con la barra espaciadora, con la coma o con la be, aunque era extraño que no hubiera habido «accidentes» o acciones voluntarias dirigidas a otras teclas. Pero más allá de eso, ¿en qué circunstancias y obedeciendo a qué propósito podría él haberse tomado el trabajo de copiar a mano ese sinsentido? En un rincón de la hoja escribió la palabra «baba», y comprobó que la be de lo otro, con toda probabilidad, también le pertenecía. ¿Y si se encontraba frente a un mensaje en clave, que hubiera tenido por objeto ayudarlo a recuperar esa supuesta memoria perdida?

Al principio había dos aes, un espacio y otras dos aes. ¿Dos aes representaban alguna palabra? ¿o alguna letra? De ser así, en caso de identificar lo que representaban, podría él no solamente descifrar buena parte del mensaje —ya que había más adelante varios grupos de dos aes—

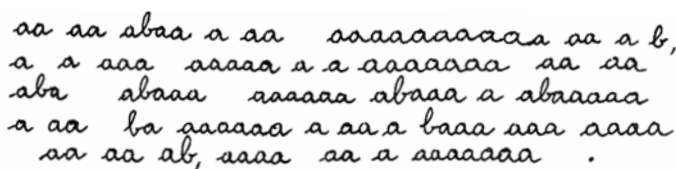
sino acotar bastante las posibilidades de interpretación de todo lo que estaba justo antes y justo después de cada grupo. Pero ¿qué palabra podía aparecer dos veces al comienzo de un texto? O ¿qué letra podía aparecer dos veces al comienzo de una palabra, o conformar, repetida, una palabra? Eso último podía ser descartado, por lo cual, en caso de tratarse de una letra repetida al comienzo de una palabra, el espacio que seguía al segundo grupo de dos aes no debía interpretarse como un espacio, sino como otra letra, o como parte de la representación de otra letra, sílaba o lo que fuese. Una mirada al final del mensaje, donde había bastante espacio entre la última a y el punto final, lo convenció de que los espacios podían tener alguna función diferente de la que tienen en la escritura ordinaria. Eso siempre que el punto fuera realmente tal y no una mancha en la hoja... Pero para avanzar en la interpretación, él debía asumir hipótesis y ponerlas a prueba. Así como los espacios podían significar algo diferente de lo habitual, el punto —y las dos comas que había antes— podían ser la representación de alguna letra, sílaba o palabra... Pero el hecho de que el punto se hallara al final lo animó a suponer, aunque fuese transitoriamente, que el punto y las comas eran lo que parecían. De ser esto así, ¿qué sentido podían tener las dos bes situadas inmediatamente antes de las comas? Había otras bes, también, al principio o en medio de alguna «palabra»:¹

aa aa abaa a aa aaaaaaaaaa aa a b,
a a aaa aaaaa a a aaaaaa aa aa
aba abaaa aaaaa abaaa a abaaaa
a aa la aaaaa a aa a baaa aa aaaa
aa aa ab, aaaa aa a aaaaaa .

¹ Se vuelve a insertar aquí la imagen del mensaje para facilitar la comprensión de las afirmaciones o preguntas a él referidas.

Sin embargo, si los espacios entre las supuestas palabras no eran realmente separaciones de palabras, aquéllas no eran tales palabras y no se podía concluir nada sobre la ubicación de las bes... salvo sobre las de esas dos que precedían a las comas. Claro que podían esas bes no preceder sino suceder a las comas, si el mensaje estaba hecho para ser leído de derecha a izquierda. O podían no preceder ni suceder, si la lectura debía ser hecha verticalmente. Pero por ahora, él seguiría con la hipótesis de la lectura horizontal de izquierda a derecha. En este caso, las bes que precedían a las comas sí podían ser finales de palabras. Si las otras bes también lo eran, entonces las aes que les seguían podían o bien representar espacios (pero ¿cuántas aes para un espacio? ¿una? ¿varias?) o ser comienzos de nuevas palabras, si el supuesto texto estaba escrito (o «traducido» a la clave) sin separaciones entre palabras, dejando a la inteligencia del lector la determinación de lo que formaba parte de una o de otra palabra. Pero dejando de lado momentáneamente esto, una cosa era clara: si los espacios visibles no representaban espacios entre palabras y las bes eran finales de palabras, podía suceder que fueran los finales de todas las palabras o solamente de algunas, terminando las otras palabras o bien en aes, o bien o en espacios. Si terminaban en aes o en espacios... la cosa iba a ser bastante difícil, porque no se le ocurría ningún criterio, ni fundado ni arbitrario, para establecer finales. Decidió suponer que todas las bes, y sólo ellas, constituían los finales de palabras. Pero ¿representaban algún signo, alguna letra, sílaba u otro tipo de grupo de letras? La a, en sí misma, por lo pronto, seguramente no lo hacía, por lo que era dable suponer que la be tampoco. Tal vez fuera solamente un indicador de que terminaba una palabra, como para facilitar la interpretación del desparra-

mo de aes que le precediera. Pero esos desparramos no eran sólo de aes... había también espacios, que —de acuerdo a la línea de suposiciones que se estaba siguiendo— no tenían valor de espacio. Así, pues, si las bes sólo eran indicadores de que terminaba una palabra, la palabra en sí misma estaba escrita con dos signos: la a y el espacio. ¿Un código binario? Miró lo que había antes de la primera be: dos aes, un espacio, otras dos aes, otro espacio y una a.²



aa aa abaa a aa aaaaaaaa aa a b,
a a aaa aaaa a a aaaaaaa aa aa
aba abaaa aaaaa abaaa a abaaaa
a aa ba aaaaa a aa a baaa aa aaaa
aa aa ab, aaaa aa a aaaaaa .

Si la a representaba el uno y el espacio el cero, en numeración binaria el número formado era ciento nueve ($64 + 32 + 0 + 8 + 4 + 0 + 1$). (Descartó la interpretación inversa de los signos: si la a era el cero, el número —caso de serlo— habría tenido ceros a la izquierda). Recordó que muchas claves para cifrar mensajes se basaban en algún libro, es decir, los mensajes cifrados remitían a páginas y renglones de algún libro previamente acordado... pero él no había acordado nada consigo mismo... ¿Había algún libro en la habitación? A la vista no. Pero abrió el ropero y sobre un estante, al lado de una pila de pulóveres que no reconoció, encontró uno: «Paja brava», poemario de José Alonso y Trelles, alias El Viejo Pancho, quinta edición aumentada; Palacio del Libro, Montevideo, año 1929; ejemplar número 2964. Buscó la página 109 y leyó:

² Se vuelve a insertar aquí la imagen del mensaje para facilitar la comprensión de los dichos a él referidos.

«Hoy de madrugada
Yegué a mis taperas
Y oservé en el pasto mojáo po' el sereno
Yo no sé qué güeyas...»

Lo dicho en los versos tenía un vago parecido con su situación. En la madrugada se encontraba con esas huellas —el mensaje— de algo que no podía identificar. Pero eso ya lo sabía él, no necesitaba que ningún poeta del siglo pasado se lo dijera. Dejó el libro y volvió al papel. «Oservó» que lo que venía después de la primera be, extendiéndose hasta la segunda, constaba de demasiados caracteres como para conformar un número que pudiera corresponder a una página de aquel libro (o de cualquier otro):

baa a aa oooooooooo aa a b,

Y entre la segunda y la tercera de las bes había más caracteres todavía. No se podía tratar con números tan grandes. ¿Y si eran varios números yuxtapuestos? Decidió hacer una lista de números en notación binaria, con la a en lugar de la cifra uno, haciéndolos corresponder con sus expresiones decimales para facilitar su visualización. Escribió:

- 1 : a
- 2 : a0
- 3 : aa
- 4 : a00
- 5 : a0a
- 6 : aa0
- 7 : aaa
- 8 : a000
- 9 : a00a

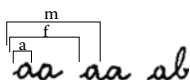
10: a0a0
 11: a0aa
 12: aa00
 13: aa0a
 14: aaa0
 15: aaaa
 16: a0000
 etcétera

Miró la lista y agregó, a la derecha, una columna con las letras del abecedario. Quedó:

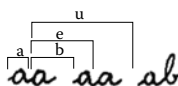
1 : a	a
2 : a0	b
3 : aa	c
4 : a00	d
5 : a0a	e
6 : aa0	f
7 : aaa	g
8 : a000	h
9 : a00a	i
10: a0a0	j
11: a0aa	k
12: aa00	l
13: aa0a	m
14: aaa0	n
15: aaaa	ñ
16: a0000	o
17: a000a	p
18: a00a0	q
19: a00aa	r
20: a0a00	s

- 21: a0a0a t
- 22: a0aa0 u
- 23: a0aaa v
- 24: aa000 w
- 25: aa00a x
- 26: aa0a0 y
- 27: aa0aa z

Decidió tantear algunas «traducciones» del mensaje utilizando esta tabla (tomando los espacios —aunque en algunas partes del mensaje no resultara totalmente claro cuántos espacios debían contabilizarse— como ceros). El mensaje empezaba con dos aes, un espacio y otras dos aes. Una cosa se podía concluir fácilmente: el primer número a considerar no podía consistir en las dos primeras aes. Porque de haber sido así, el número siguiente empezaba con un cero a la izquierda. Por lo tanto, o el primer número era la primera a sola, o era aa0, o aa0a, y «pará de contar», porque aa0aa dejaba también al siguiente número con un cero a la izquierda, y con una cifra más ($aa0aa0=32+16+0+4+2+0$) el número ya habría sido más grande que la cantidad de letras del abecedario (abecedario en el que había que ver después si entraban la ll, la rr, la ch...). De manera que, según la tabla, los comienzos posibles eran a, efe o eme.



En el primer caso, el segundo número representativo de una letra podía ser a0, (no «a» a secas, lo que habría dejado al siguiente número con un cero a la izquierda), a0a o a0aa0 (el número a0aa0a, es decir, todo lo que separaba la primera a de la be, era demasiado grande hasta para un abecedario con che, elle y erre). Así que si la primera letra era a, la segunda podía ser be, e o u.



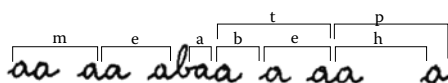
Manteniéndose sujeto a la suposición de que la be (escrita) representaba la separación entre una palabra y otra, la primera palabra del texto empezaba entonces (si la primera letra era a) «ab», «ae» o «au». «Au» quedaba descartado porque para completar la palabra sólo había una a, formando «aua». Se podía descartar también «ae» porque para completar la palabra había sólo una forma: «aee»:



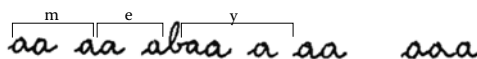
Y con «ab» como inicio, las posibilidades se reducían a «abae» o «abm». Esto permitía eliminar la hipótesis de que la primera letra fuera una a. Quedaban, de acuerdo a lo ya visto, otras dos posibilidades: aa0 o aa0a. En caso de ser aa0 (es decir, efe) la primera letra, la siguiente podía ser solamente a o aa0a, es decir, a o eme. La bajísima probabilidad de que el texto empezara con la palabra fa (¿nombre de la nota musical?) o con la sigla fm (¿frecuencia modulada?) lo llevó a descartar a la efe como primera

letra. Quedaba como posibilidad aa0a (eme). En este caso, la segunda letra podía ser a0 (be) o a0a (e). Esta última posibilidad dejaba formada «me» como primera palabra del texto, y era la única combinación que prometía un sentido. A ver. Las opciones para la primera letra de lo que seguía eran a, aa0, aa0a0 (más caracteres llevaban ya a un número demasiado alto). Traducción: a, efe o i griega. En caso de empezar con a, esta palabra podía seguir con be (a0), jota (a0a0), te (a0a0a) y no había otras letras posibles (seguían varios espacios, es decir, varios ceros —¿tres? ¿cuatro?— y había que tomar un mínimo de tres para que el siguiente número no empezara con cero). Recapitulando, el texto podía empezar «me ab...», «me aj...» o «me at...». En caso de ser «me ab...», la siguiente letra era otra be (a0) o e (a0a, y no había otras opciones por lo ya dicho sobre los espacios que seguían). Sólo «me abe...» podía continuar con sentido, aunque era difícil pensar en un verbo —ya que otro tipo de palabra no cabía— que empezara con «abe» y que pudiera cuadrar ahí. Suponiendo que la cantidad de espacios seguidos que seguía a la décima a del mensaje fuera tres, los números que venían después de «me abe...» sólo podían ser a000 y a000a, que correspondían a hache y pe. Pero ni «me abeh...» ni «me abep...» prometían nada, así que había que descartar el comienzo «me ab...», y estudiar lo que pasaba con «me aj...» y «me at...». «Me aj...» podía seguir con a o aa000, número éste que correspondía a la doble ve (o a la equis, si se tomaba un abecedario sin doble ve). Conclusión: se podía descartar «me aj...». Si la cosa era con «me at...» (¿me atrae? ¿me atrapa? ¿me atosiga? ¿me atormenta?), la letra siguiente, por desgracia, podía ser, al igual que lo visto para «me abe» (ya que con este código, los dígitos

correspondientes a los de la be seguidos de los de la e eran los mismos que los de la te) solamente hache o pe:



Así que ni «me ab...», ni «me aj...» ni «me at...»; ni me aburro, ni me ajeteo ni me atribulo, pensó. Había que descartar la a como primera letra de la segunda palabra. Las otras opciones válidas eran, según lo anotado, efe o i griega. Si la palabra empezaba con efe, la segunda letra podía ser be (a0), e (a0a), y ninguna otra, por lo ya dicho de los tres o cuatro espacios juntos que traía el mensaje. Si la palabra empezaba entonces con «fe», la siguiente letra podía ser hache o pe (a000 o a000a). Pero lo único que podía empezar con «feh» era «fehaciente», y un mensaje que empezara con «me fehaciente» no era muy auspicioso (salvo que hubiera que seguir, después de descifrarlo, una segunda ronda de desciframiento, con otra clave; pero por ahora se trataba de ver si esta tabla de correspondencias entre números binarios y letras arrojaba algún mensaje significativo). Así que la efe podía quedar descartada como primera letra de la segunda palabra, ya que «me fep» tampoco conducía a nada. Había que probar con i griega, que era la última opción.³



³ Se inserta aquí parte de la imagen del mensaje para facilitar la comprensión de bla bla bla bla bla.

De acuerdo con esto, la segunda letra podía ser a (a), hache (a000) o pe (a000a). Descartando la hache y la pe, si el mensaje empezaba con «me ya...», la siguiente letra sólo podía ser hache o pe. ¿«Me yapa»? Si era así, después sólo podía seguir a (a), ce (aa), ge (aaa) o eñe (aaaa), y todas estas alternativas parecían callejones sin salida.

Luego de un pequeño descanso no muy relajante (trató de distenderse mirando por la ventana, pero la luz del sol era demasiado intensa y no le permitía ver nada) volvió a la carga. Rehizo el abecedario agregando la che, la elle y la erre. La tabla le quedó así:

1 : a	a
2 : a0	b
3 : aa	c
4 : a00	ch
5 : a0a	d
6 : aa0	e
7 : aaa	f
8 : a000	g
9 : a00a	h
10: a0a0	i
11: a0aa	j
12: aa00	k
13: aa0a	l
14: aaa0	ll
15: aaaa	m
16: a0000	n
17: a000a	ñ
18: a00a0	o
19: a00aa	p
20: a0a00	q

21: a0a0a r
 22: a0aa0 rr
 23: a0aaa s
 24: aa000 t
 25: aa00a u
 26: aa0a0 v
 27: aa0aa w
 28: aaa00 x
 29: aaa0a y
 30: aaaa0 z

Persistiendo en la hipótesis de que las cadenas de caracteres y espacios separadas por bes eran números binarios yuxtapuestos, ensayó la traducción con esta nueva tabla. La primera letra, ahora, en lugar de a, efe, o eme, podía ser solamente a, e, o ele. Si era a, la segunda sólo podía ser de o erre.

$\overbrace{a}^{\text{a}} \overbrace{d}^{\text{d}}$ $\overbrace{a}^{\text{a}} \overbrace{rr}^{\text{rr}}$
aa aa abaa aa ab,

Y eso daba «add» o «arra». No. Mejor probar las otras opciones. Con e como primera, podían seguir a, e o ele. Esto último era satisfactorio. «El». A ver «el» qué. Continuaciones posibles: a, e o ve (a, aa0, aa0a0). Y estas continuaciones daban:

abb... o abdñ...
 aia...
 arñ...
 ebag... o ebañ...
 ebt...
 edg... o edñ...
 vagaa... vagac... vagaf...
 vagc... vagf...

vañ...

vt...

Todo basura. Pero no había que desesperarse. ¿Acaso tenía algo mejor que hacer?

Miró durante unos minutos el mensaje, buscando vanamente algún otro enfoque de interpretación, algún otro tipo de clave. Cuando su vista pasó por las tablas que emparejaban letras con números binarios, pensó que quizás había hecho mal en agregar letras en el segundo abecedario. Se trataba de un mensaje corto. Sin contar las bes, entre aes y espacios, la suma era aproximadamente 160. La cantidad promedio de dígitos que correspondía a cada letra, según calculó, era cercana a cuatro. Cuarenta letras. ¿Cuántas palabras habría? A un promedio de cuatro letras por palabra, unas diez. Era probable que, en diez palabras, hubiera varias letras del abecedario ausentes. La cuestión era cuáles. Intentó una tabla como las otras pero con un abecedario en que faltaran algunas de las letras que le parecieron menos comunes. Escribió:

1 : a	a
2 : a0	b
3 : aa	c
4 : a00	d
5 : a0a	e
6 : aa0	i
7 : aaa	j
8 : a000	l
9 : a00a	m
10: a0a0	n
11: a0aa	o
12: aa00	q

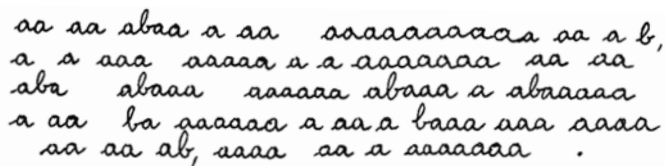
13: aa0a r

14: aaa0 s

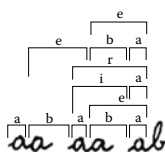
15: aaaa t

16: a0000 u

Empezó a estudiar qué pasaba con esta nueva clave.⁴



El comienzo podía ser a, i, o ere. Si era a, la primera palabra habría de ser (manteniendo el criterio de evitar los ceros a la izquierda): ababa, abae, abia, abr, aebe o aee.



Nuevamente basura. Empezando con i surgían: iaba, iae, iia, ir, y con ere, solamente rba y re. Lo único potable era «ir». A ver adónde se podía ir. Razonando del modo con que lo venía haciendo, la segunda palabra podía empezar: abb, abelacac, abelacaj, abelacat, abelaj, abelajac, abelajaj, abelajat, abelat, abelc, abelj, abelt, analc, analj, analt, analac, analaj, analat, ibalc, ibalj, ibalt, ibalac, ibalaj, ibalat, ielc, ielj, ielt, ielac, ielaj, ielat... No, decididamente esta clave también era inoperante. Pero si se trataba de un mensaje de

⁴ Se vuelve a insertar aquí la imagen del mensaje para lo que guste mandar.

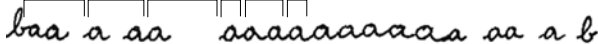
pocas palabras, la distribución estadística de las letras podía ser bastante especial, es decir: quizá no debía suprimir de su abecedario las letras menos comunes en general, ya que podrían no ser las menos comunes en un mensaje corto. Había que probar muchas veces suprimiendo cualquier grupo de letras. Probó nuevamente con dieciséis letras, pero manteniendo la efe, eliminando la jota y la eme, y manteniendo la ve o uve:

1 : a	a
2 : a0	b
3 : aa	c
4 : a00	d
5 : a0a	e
6 : aa0	f
7 : aaa	i
8 : a000	l
9 : a00a	n
10: a0a0	o
11: a0aa	q
12: aa00	r
13: aa0a	s
14: aaa0	t
15: aaaa	u
16: a0000	v

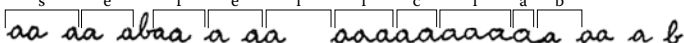
El principio podía ser a, efe o ese. Si era a, podía seguir con be o e (no con cu porque el siguiente número tendría un cero a la izquierda). Descartando el comienzo «ae», consideró el comienzo «ab» y vio que la primera palabra podía ser ababa, abfa o abs. Si en cambio la primera letra era efe, la palabra podía ser faba, ffa o fs. Y si era ese, la palabra se-

[illegible]

Leo Maslíah



Pero había alternativas. «Feliciab...», «feliciae...», «felific...», «felicis...», no, ninguna servía...

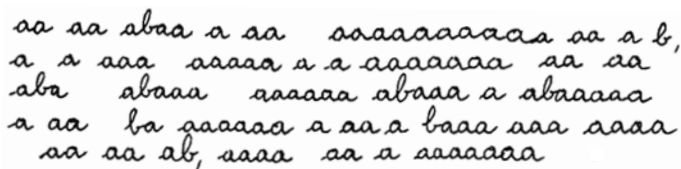


Tendría que cambiar de alfabeto otra vez. Pero para mantener el promisorio «felici...» decidió modificar solamente, en la tabla, lo que correspondiera a letras que se encontraran más allá de la ele, que en «felici» era la del número más elevado. En las opciones que acababa de examinar, la única que, pese a no tener sentido, daba a «felici» una continuación con una letra posterior a la ele en el alfabeto, era «felicis». La única letra que prometía un sentido era la te. Pero se dio cuenta de que la ese estaba también en la primera palabra lograda con este alfabeto («se felicis...»). Pero «te felicit...» sí tenía sentido... Así que confeccionó una tabla donde el treceavo lugar fuera para la te en vez de ser para la ese. Suprimió la cu y adelantó las letras siguientes, obteniendo:

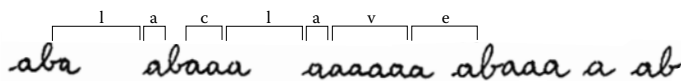
1 : a	a
2 : a0	b
3 : aa	c
4 : a00	d

«dead», «desaa», «descaa», «descafb», «descafo» —no había manera de que se tratara de descafeinar—, «desc»...). El tercer renglón empezaba con una a y una be, por lo cual la palabra iniciada en el segundo renglón debía terminar en esa primera a de ese tercer renglón. Y el final del segundo renglón era un espacio, por lo cual, después de la «t» de «descubrist», lo que seguía era —sí, señores— el número a0a, es decir, la letra e. Como jugador de bingo que completara una hilera, dio un brinco de celebración por el descubrimiento de la palabra «descubriste».

Seguía (luego de esa primera be en el tercer renglón)⁵ una a seguida



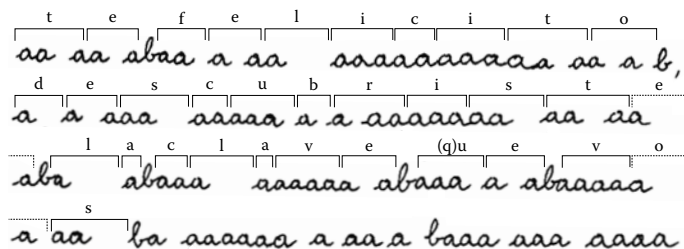
de lo que parecían ser tres espacios. Una ele. Y antes de la siguiente be (que, recordamos, estaba siendo interpretada como signo separador de palabras), había solamente una a. Así que hasta ahora era «te felicito, descubriste la». Siguió trabajando en el tercer renglón, y descartando los caminos estériles, llegó a:



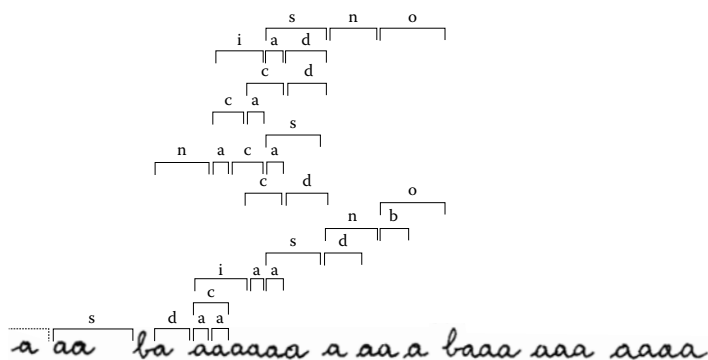
Lo que seguía podía leerse como «aabba», «aaoa», «afb», «afe», «cbba», «cbe», «coa», «uba» o «ue». Por

⁵ Se vuelve a insertar aquí la imagen del mensaje.

cómo venía la frase decidió creer que la palabra era «que» y que el autor de la clave había decidido no usar ningún signo para la cu, dejando que el lector la pusiera delante de las úes que la requirieran para no dejar palabras sin sentido. Así, siguió adelante y llegó a:



Pero al querer avanzar, el asunto se complicó: «daa», «dc», «diaa», «diasd». «diasnb», «diasno», «dicd», «nc», «niad», «nisno»... Pero al examinar esto



último vio que en la parte anterior del mensaje no había ninguna ene, por lo que si sustituía en la tabla la ene por la eme, el texto seguía teniendo sentido, y así, con esa nueva tabla surgió, esplendoroso, el mensaje completo:⁶

t e f e l i c i t o
 aa aa abaa a aa sssssssssss aa a b,
 d e s c u b r i s t e
 a a aaa sssss a a sssssssss aa aa
 l a c l a v e (q)u e v o
 aba abaaa sssss abaaa a abaaaa
 s m i s m o c r e a s
 a aa la sssss a aa a laaa aa sss
 t e i m b é c i l
 aa aa ab, aaaa aa a abaaaa .

⁶ «Te felicito, descubriste la clave que vos mismo creaste, imbécil».

Simulador

De mañana temprano entré a un bar, me senté a una mesa, pedí cosas y fingí desayunar. La gente me miraba y no se daba cuenta de nada. Yo también los miraba y pensaba, satisfecho «ignoran que no estoy desayunando». Después me fui a una parada y simulé que esperaba un ómnibus. La gente venía y se iba yendo en los distintos ómnibus que pasaban, y todos me trataban con la misma indiferencia con que se trataban entre ellos, como si hubiera sido uno más. Yo pensaba, satisfecho «ignoran que no estoy esperando ningún ómnibus». Más tarde fui a una oficina, me senté en un escritorio y traté de dar la sensación de que estaba trabajando. Nadie sospechó nada, y yo, satisfecho, miraba de vez en cuando a los otros mientras pensaba «ignoran que no estoy trabajando». Ahora ya es de noche y estoy en mi cuarto con la luz apagada y los ojos cerrados. Aunque no las veo, sé que las paredes me están mirando. Yo me quedo quieto, y pienso «ignoran que no estoy durmiendo».



Leo Masliah

La crítica ha dicho, sobre libros anteriores de Leo Maslíah, que bla bla
bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla
bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla
bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla
bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla
bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla
bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla
bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla
bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla
bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla bla.



criatura EDITORA

9 789915 935492

9||789915||935492